

Prefacio

Raquel Chang-Rodríguez

Desde mediados del siglo XVI, La Florida fue considerado un vasto territorio marcado por el conflicto y el compromiso entre potencias europeas, administradores coloniales, representantes de órdenes religiosas y variadas etnias indígenas. Muy diferente al actual estado de idéntico nombre –y por ello uso mayúsculas para distinguir esta antigua y enorme zona–, abarcaba las presentes jurisdicciones de Alabama, Carolina del Sur y del Norte, Georgia, Kansas y Misisipi; se extendía hasta el norte de Virginia y, al oeste, a zonas de Texas y Louisiana del moderno país de los Estados Unidos de Norteamérica. Se sabía que era parte de una gran masa continental y no otra isla, pero no había demarcación de sus límites y se ignoraba casi todo de la zona central. Si bien el territorio fue oficialmente descubierto por Ponce de León en la segunda década del siglo XVI (1513), varios intentos de colonizar la zona fallaron estrepitosamente. Desde una perspectiva histórica y textual, los proyectos más conocidos son los de Pánfilo de Narváez (1528) y Hernando de Soto (1539-1543) por las publicaciones coetáneas que contaron su trágico desenlace. De la primera expedición surge la *Relación* (1542), hoy conocida como *Naufra-gios*, donde Álgvar Núñez Cabeza de Vaca narra cómo durante ocho años él y tres compañeros (dos españoles y un esclavo norafricano) deambularon por el sudoeste de Norteamérica. El triste recorrido de la segunda y gran empresa colonizadora a la zona lo relata Garcilaso de la Vega en *La Florida del Inca* (1605) basándose en el testimonio de Gonzalo Silvestre y los escritos de otros dos participantes (Coles y Carmona) en la fallida expedición de Soto.

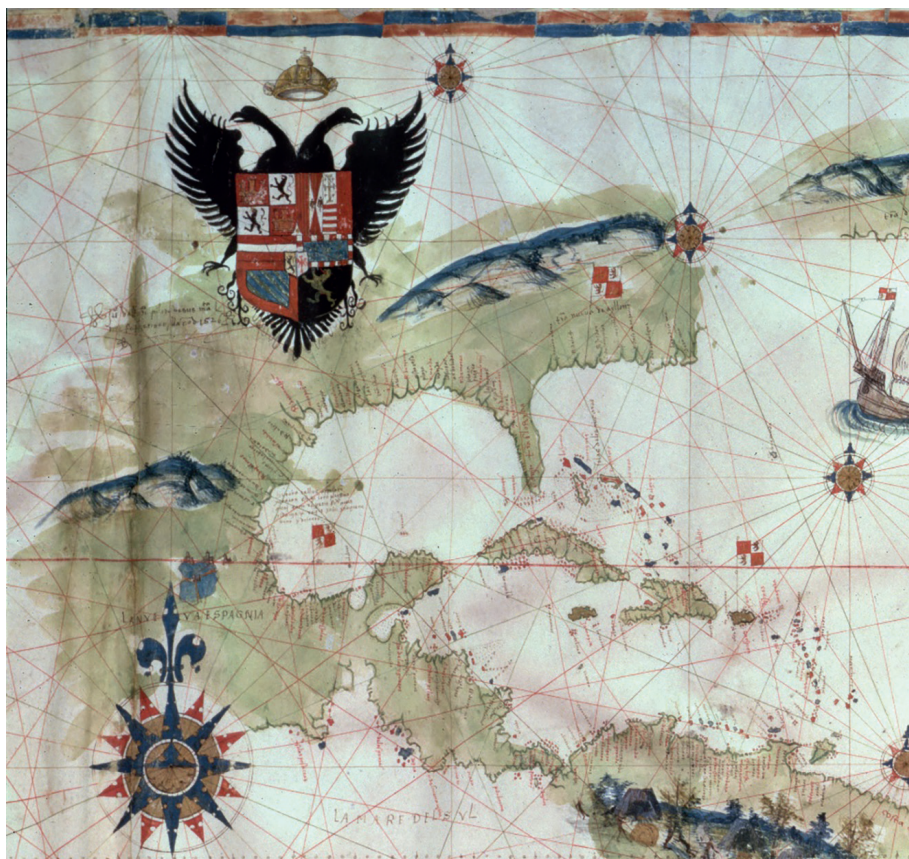


Imagen 1: detalle del mapamundi de Juan Vesputi, 1526.
Cortesía del Hispanic Society Museum and Library (Nueva York).

En el orden religioso, la rebelión de Paquiquineo (1571), un noble indígena de la etnia powatan, capturado, españolizado y conocido como don Luis de Velasco, terminó con el asesinato de los misioneros jesuitas en la Bahía de Jacán o Ajacán (hoy Chesapeake Bay) y la retirada de los ignacianos de La Florida, quienes fueron reemplazados por miembros de la orden franciscana. La presencia francesa en la frontera norte del imperio español en América, enfureció a Felipe II, quien envió al marino asturiano Pedro Menéndez de Avilés a expulsarlos. Percibidos como doblemente peligrosos por ser invasores y por su fe religiosa –eran protestantes hugonotes–, los franceses fueron eliminados muy pronto. Por su parte, los ingleses, además de navegar casi libremente por el Canal de las Bahamas, desplegaban gran actividad comercial por medio del contrabando que ejercían entre sus puestos continentales y las islas del Caribe.

Como ha sugerido el historiador Eugene Lyon, el dominio español comenzó a consolidarse en tierras floridananas a partir de 1567, gracias al esfuerzo del adelantado Menéndez de Avilés y la fundación de San Agustín (1565), la única villa europea en los actuales Estados Unidos habitada continuamente desde su fundación, y Santa Elena (1566), capital de La Florida a partir de 1571 hasta que fue evacuada (1576) y finalmente abandonada (1587) debido a presiones indígenas y decisiones estratégicas para la colonización de la zona. Las Nuevas Ordenanzas de 1573, que proponían la persuasión y la diplomacia en lugar de la conquista a sangre y fuego, debían marcar el futuro de territorio tan codiciado por potencias europeas –en particular, Inglaterra y Francia– y tan bien defendido por sus habitantes autóctonos cuya agencia se muestra en la habilidad para luchar contra cualquier invasor y en la astucia en el trato con ellos.

Contra este telón de fondo, me aproximo a tres textos floridananos, diversos en extensión y propósito, cuyo común denominador es su vínculo –tenue unas veces, muy fuerte en otras ocasiones– con el virreinato del Perú: la *Memoria de las cosas y costa e indios de La Florida* (c.1575) de Hernando de Escalante Fontaneda, *La Florida del Inca* (1605) de Garcilaso de la Vega y la *Relación de los mártires de La Florida* (c. 1619) de Luis Jerónimo de Oré. Por el testimonio de Escalante Fontaneda, sabemos que su familia pasó al virreinato peruano y eventualmente se asentó en Cartagena de Indias, ciudad donde nació. Sabemos también que, financieramente bien apertrechados, él y su hermano mayor emprendieron la travesía a España con el propósito de seguir estudios en Salamanca. La nave naufragó en las costas de La Florida, el hermano murió poco después en cautiverio y el mozo Hernando permaneció prisionero de los indios calusa por diecisiete años, cuando lo rescató Menéndez de Avilés. El marino asturiano aprovechó el conocimiento de varias lenguas indígenas de Escalante Fontaneda para avanzar la colonización de la zona. Años después, el joven escribió una singular *Memoria*, cuyo vínculo a las probanzas de servicios y méritos destaco en estas páginas. En este documento, Escalante Fontaneda cuenta sus experiencias, presenta sus méritos y detalla cómo debe llevarse a cabo la colonización de La Florida. Para aquellos no familiarizados con la *Memoria*, más estudiada en la academia norteamericana que en la ibérica o la hispanoamericana, incluyo una versión modernizada y anotada del testimonio de Escalante Fontaneda cuya perspectiva no deja de sorprender por su singular conocimiento del territorio, por su percepción de la población nativa, por la pormenorizada descripción de sus productos, por señalar los «tesoros» de La Florida, por proponer otro modo de integrarla al imperio español, otra forma de colonizarla.

En el segundo capítulo, titulado «*La Florida del Inca* y la historia compartida», me concentro en el fracaso de la empresa liderada por Hernando de Soto, solventada con dineros recibidos en recompensa de su actuación en el virreinato peruano, en particular del rescate del Inca Atahualpa. Analizo las consecuencias de este descalabro para los expedicionarios y los nativos floridanos, quienes recorrieron juntos tierras ignotas hasta llegar a la Nueva España y, en México-Tenochtitlan, ser generosamente acogidos por el virrey y su séquito. Al contar las peripecias de tal marcha, Garcilaso, narrador virtual, inserta episodios donde la comunicación por medio de la traducción o la interpretación, juega un papel preponderante. En efecto, aludiendo a vocablos del quechua, del náhuatl, de las islas del Caribe, el cronista cuzqueño medita tanto sobre la cultura peruana como la mexicana y también sobre la empresa conquistadora en América. La Florida se constituye en el «bien perdido» cuya recuperación es ineludible en el imaginario del colectivo conquistador refugiado en la Nueva España. Así, varios expedicionarios emprendieron viaje al Perú –entre ellos Gonzalo Silvestre, el principal informante del autor– para allí intentar realizar sus sueños floridanos. Este viaje –virtual para Garcilaso y real para sus personajes– y su ruta de La Florida a la Nueva España, al Perú, a España, muestra singulares facetas que marcan de forma indeleble la biografía de los expedicionarios y la historia compartida.

En el tercer capítulo, presento la *Relación de los mártires de La Florida*, donde Luis Jerónimo de Oré, franciscano de Guamanga, da cuenta de su experiencia misionera en La Florida y Cuba. La obra, la menos conocida de Oré, se perfila como un cajón de sastre donde encontramos desde geografía hasta historia religiosa y política. Por ello, en primer lugar, hago un recorrido general destacando el contacto del autor con *La Florida del Inca* y el amplio alcance histórico y variedad de temas de la *Relación*, incluyendo cómo acabar con los ingleses y el contrabando en el Canal de las Bahamas. Asimismo, subrayo la plena convicción de Oré en el éxito de la misión catequizadora de La Florida y su deseo de recibir a muchos frailes de la orden seráfica para extenderla a territorios distantes, como el de los apalaches. Destaco también anécdotas que refuerzan las ideas del franciscano de Guamanga sobre cómo misionar en tierras de Norteamérica; observo cómo contrasta a las colectividades indígenas andinas y floridanos; y señalo su reconocimiento de la posición estratégica de La Florida en la lucha contra Inglaterra y Francia. Me detengo en explicar su encuentro con la geografía floridana y cómo lo lleva a recomendar la implementación en este territorio de las reducciones que, en el caso peruano, resultaron tan nocivas para los indios. El análisis textual desvela, entre otras cosas,

cómo se manifiesta la capacidad de acción indígena contradiciendo a quienes juzgaban de «bárbaros» a los nativos de La Florida.

Esta relectura de textos tan sugerentes como un tanto olvidados –en el caso de los pergeñados por Escalante Fontaneda y Oré– muestra la importancia de La Florida en la Carrera de Indias y la complicada novedad de un territorio que atrajo a los dos luminares más sobresalientes entre la primera generación de intelectuales formados en el virreinato del Perú: el Inca Garcilaso y Oré. Su relectura me permite proponer la memoria de Escalante Fontaneda, la crónica del Inca Garcilaso y la relación de Oré como un puente textual de ida y vuelta. Desde tal plataforma, avizoramos el territorio descubierto por Ponce de León como un espacio de intercambio, encrucijada cultural entre España y las Américas –la del Norte y la del Sur–, atalaya desde la cual hoy accedemos a un pasado violento y doloroso con el anhelo de comprenderlo mejor. Espero que el acercamiento a los acontecimientos representados en estos textos favorezca su integración a la cultura nacional –del Perú, de España, de Estados Unidos– y prime el deseo de entender la compartida historia. Así abrevados, podremos plantar la semilla del «bien común».

Los textos

Uno de los objetivos de la publicación es dar a conocer, tanto al público general como al especializado, textos de limitada circulación en una edición accesible y anotada. Por tanto, para facilitar la lectura, modernizo la puntuación y la ortografía tanto de la *Memoria* de Hernando de Escalante Fontaneda como de la *Relación* de Luis Jerónimo de Oré. Indico las letras y palabras agregadas entre corchetes; salvo algunas excepciones, coloco los pronombres enclíticos en posición proclítica (por ejemplo, respondiome –me respondió; díjoles –les dijo). Asimismo, para agilizar la comprensión, resuelvo las abreviaturas, además de agregar notas aclaratorias de vocablos, lugares, personajes y hechos históricos distantes de la época actual. En la *Relación* de Oré, corrijo erratas de mi edición de 2014, reviso la puntuación y amplío las notas. En cuanto a los textos del Inca Garcilaso de la Vega, a no ser que indique lo contrario, he mantenido el original de las ediciones consagradas por las cuales los cito.

Agradecimientos

En The Reed Foundation (Nueva York), a su presidente Reed Rubin y secretaria Jane Gregory Rubin, por su generoso auspicio de mis investigaciones iniciales sobre Luis Jerónimo de Oré.

En The Hesburgh Libraries, Special Collections, University of Notre Dame: a Sara Weber (*Librarian*), Joseph Ross (*Rare Books Cataloguer*) y Louis Jordan (*Head of Special Collections*), por su apoyo en mis pesquisas sobre Oré.

En The Hispanic Society Museum and Library (Nueva York), a John O'Neill (*Curator of Rare Books and Manuscripts*), por su ayuda en varias búsquedas y contestar mis preguntas con paciencia y celeridad.

A la biblioteca de la University of Notre Dame (Notre Dame, Indiana), la Biblioteca Real de Copenhague (Dinamarca), la Library of Congress (Washington DC), The Hispanic Society Museum and Library (Nueva York), al Museo Baluarte de Santiago (Veracruz, México), al Archivo General de Indias (Sevilla) y al Department of Special Collections de la University of South Florida Library (Tampa, Florida), por permitirme reproducir imágenes de sus fondos.

A Rolena Adorno, Gabriella de Beer, Carmen Boullosa, Amy Bushnell, Anne Cruz, Viviana Díaz Balsera, Fred Luciani, Juan Carlos Mercado, Luis Millones Figueroa, Carmen de Mora, Carlos E. Paldao, Beatriz Carolina Peña, Nidia Pullés-Linares, Carlos Riobó, Daniel Shapiro, Alexandra Sununu y Nancy Vogeley, por su cálido apoyo y generosa amistad.

A Daniel Amayo Magallanes, por su eficaz ayuda en la preparación editorial del compuscripto.

A Miguel Zugasti, por acoger el manuscrito y facilitar la publicación.

A Elena Camacho y su equipo editorial por su eficiente labor.